

¿Por qué fuimos a la India?

Aquí incluyo el relato de las experiencias vividas en La India durante mi colaboración como uno de los estudiantes voluntarios del ICAI en el Proyecto India, puesto en marcha por los jesuitas, durante el verano de 2006, que a grandes líneas describí en el número de “Anales” de julio-agosto de 2006. Con esta iniciativa, que empezó en 2002, se intenta que la casta de los intocables o “dalits” –personas que quedan excluidos del sistema social indio– tengan acceso a beneficios básicos como la sanidad o la educación. El proyecto jesuita en el que los estudiantes del ICAI han colaborado consiste en la construcción de un colegio en Manvi, en la región del Karnataka (sudoeste de la India), donde podrán estudiar más de 3.000 niños intocables.

La noche antes de partir para la India fue muy larga. Tenía poco tiempo y muchas cosas que hacer, en pocas horas debía guardar en cajas los objetos que me habían acompañado durante aquellas dos últimas semanas estudiando la reválida y preparar la bolsa en la que llevaría todo lo necesario para pasar seis semanas en un lugar muy lejano. A las tres de la mañana todo estuvo listo y horrorizada comprobé la desproporción entre el volumen de las cajas que guardaban mis pertenencias de los últimos días y la mochila de 70 litros, apenas 14 kilos, en la que se encontraba todo lo necesario para vivir durante casi el triple de tiempo. “¿Cómo es posible que necesite tanto para vivir?”, pensé. Era una buena pregunta para iniciar la aventura que me aguardaba, ya que más adelante y en diferentes ocasiones aquellos 14 kilos volverían a antojárseme excesivos. Luego me tumbé en el sofá con el libro que estaba leyendo sobre la India y pensé: “Quedan cien páginas, las suficientes para aguantar despierta hasta la hora de salir de aquí”. Sin embargo, una sorpresa vino a estropear mis planes, de repente la luz se fue. Era algo que venía sucediendo frecuentemente aquellos días por la zona de Argüelles, y que había enfadado mucho a

comerciantes y vecinos. ¡Menudo fastidio! ¡Son tantas las cosas que uno no puede hacer por la ausencia de luz! En realidad aquello era el prelude de algo que en la India ocurriría a menudo, donde lo raro sería que la corriente eléctrica funcionara sin cortes. Cinco horas más tarde cargué la mochila a mis espaldas y, mientras giraba la llave en el cerrojo de la puerta, me decía que atrás quedaba una etapa, la de cinco años de carrera, sin duda inolvidables, y que empezaba una nueva de la forma más extraordinaria que nunca hubiera podido desear: con un largo viaje. Pero ese viaje iba a ser diferente a todos los anteriores.

La llegada a Manvi y Pannur

Entonces llegó el turno de los transportes: tres aviones, trece horas de viaje, doce de espera y, por fin, llegada a Bangalore, la gran ciudad india que quedaba más cerca de nuestro destino final: Manvi y Pannur. Bangalore me pareció diferente a las ciudades de Occidente, aunque más adelante, al regresar allí para coger el avión de vuelta, no me resultaría tan distinta de no ser por el tráfico caótico y porque no tuve ocasión de visitar los barrios de las afueras en los que viven los más pobres de la urbe. Manvi y Pannur sí



Carmen Rider Vázquez

Ingeniera Superior Industrial del ICAI (2006) por la Universidad Pontificia Comillas, con doble diploma del Ecole Centrale Paris. Como miembro del Proyecto India ha pasado el verano en el proyecto donde ha podido conocer más de cerca la realidad de aquel lugar y la inmensa labor que se está llevando a cabo.



Los seis ingenieros del ICAI que colaboraron en el Proyecto India de los jesuitas este verano

consiguieron impactarme desde el principio. Son un lugar árido, alejado de todas partes y olvidado por todos. Nunca había estado en un lugar parecido a esto, quizás España fue una vez así, pero eso pasó hace mucho tiempo. Un paisaje seco que sólo se ve aliviado por los casuales arrozales verdes de los afortunados dueños que tienen dinero suficiente para costearse una bomba y regar sus tierras cuando aún no es época de monzones. Manvi y Pannur también son diferentes el uno del otro. Pannur es una pequeña aldea de casas construidas de adobe, piedras y cañizos, aunque también hay casas de ladrillos o chozas de palos y plásticos. La mayor parte de las casas cuenta con una sola habitación en la que transcurre la vida de toda la familia —normalmente padre, madre, hijos y abuelos— y los animales —una vaca, buey o búfalo por familia y, a veces, un par de aves de corral—. En cada casa hay un pequeño lugar destinado a la cocina donde las mujeres preparan la comida inundadas por el sudor y el humo; también hay otro espacio dedicado a la oración, ya que la religión tiene un papel muy importante en la vida de los pannureños. De hecho, en esta pequeña aldea hay tres templos: el primero es uno hinduista, el segundo una mezquita y el tercero una iglesia que pertenece a la Misión. La gente se gana la vida en el campo, siendo los principales cultivos el arroz y el girasol. El problema surge cuando no hay arroz ni girasoles. Este verano ha sido especialmente seco y el río que pasa por Pannur no es más que un montón de arena que sirve para la cons-

trucción. Sólo hay una pequeña tienda en la que venden algunas galletas y otros comestibles que nunca antes había visto. Manvi se encuentra a 18 kilómetros de Pannur, un autobús de línea recorre diariamente la distancia entre los dos lugares, para lo cual es necesario una hora debido al mal estado de la carretera, que además se ha visto mermada por las inundaciones de la estación pasada. Manvi es un pueblo de tamaño medio en el que se suceden los talleres de motores, los puestecillos ambulantes de frutas, las tiendas de telas, las droguerías... Incluso hay una zona de casas de ladrillos en las que vive la gente más adinerada. Además del autobús que va a Pannur y el que viene de Raichur (la capital del distrito) circulan por allí tractores, vacas, rickshaws, motos y los tuctucs, unos curiosos taxis en los que se apiñan montones de indios. En la estación de autobuses hay una niña de unos doce años pidiendo que se pasea con un bebé en brazos, no sabemos si es su hijo o su hermano. Otros niños descalzos venden frutos secos y bolsas de agua. A su lado unos cerdos se pasean alegremente rebuscando entre la basura, que cohabita con la gente. ¡Cómo quisiéramos explicarles que hay que hacer algo con esa basura, que no deben convivir con ella, que es un foco de enfermedades!

Es en este lugar árido, alejado de todas partes y olvidado por todos donde los jesuitas se asentaron cuatro años atrás para llevar a cabo un proyecto increíble. Pannur, Manvi y los pueblos de sus alrededores son muy pobres, pero entre la gente que allí vive los más pobres entre los pobres son los intocables, porque a la pobreza propia de la zona se suma la exclusión y la marginación social por parte de los otros. Allí han iniciado la construcción de un colegio que va a permitir a los intocables tener sus propias oportunidades para desarrollarse e integrarse en la sociedad que hasta ahora les ha dado la espalda. Eric, Joseph, Maxim y Kiram son cuatro hombres de una valía extraordinaria que trabajan incansablemente para que el proyecto salga adelante. Nosotros hemos venido a colaborar con nuestra pequeña aportación a un gran proyecto. Desde el primer momento nos reciben con los brazos abiertos, nos muestran su mejor sonrisa, cocinan para nosotros, nos abren las puertas de sus casas... Nosotros queremos corresponderles, pero lo cierto es que recibimos mucho más de lo que damos.

Nuestro día a día

Por la mañana nos despertamos en Pannur con los primeros rayos de sol, esto es, en torno a las siete. Entonces nos levantamos para llenar el tractor con la arena del río que luego servirá para la construcción y que, además, hace más cómodo nuestro trayecto en tractor hasta el colegio en Manvi. Después de desayunar emprendemos el viaje. Más de veinte personas apiladas sobre un montón de arena que cantan y ríen mientras contemplan el paisaje. Este trayecto tan especial ha permitido que haga realidad un sueño frustrado de mi infancia: salir en la cabalgata de los Reyes Magos. En efecto, a medida que recorremos la distancia entre los dos pueblos los niños salen a nuestro encuentro con una sonrisa enorme en la cara. Entre gritos y risas agitan sus manos para decirnos hola y adiós. Algunos más intrépidos se acercan peligrosamente al tractor para darnos la mano. Otros gritan a nuestro paso: "¡América! ¡América!" Las mujeres que trabajan agachadas recogiendo el arroz se incorporan ligeramente y levantan una mano. Los hombres sentados en corro también nos dirigen su saludo. Nosotros les correspondemos con nuestras sonrisas y saludos. Todos somos conscientes que eso es lo más cerca que estaremos nunca de ser unas celebridades. Durante el camino muchas veces se suben al tractor gente que encontramos y que pide que les llevemos. Al principio nos parecía imposible que una ínfima aguja cupiera, poco a poco aprendemos de los indios que donde caben veinte caben treinta y nos acostumbramos a ir con una pierna encogida, otra estirada y los brazos sobre los hombros de un compañero. Tras este emocionante trayecto llegamos al sitio en el que se está construyendo el colegio. Al principio llegábamos con el culo dolorido y las piernas entumecidas, con el pasar de los días nos vamos acostumbrando. Entonces empieza nuestro trabajo como peones en la obra: transportar ladrillos, piedras y arenas con la ayuda de unos platos que llamamos "pots" y formando una cadena humana, ya que allí no tienen carretillas, ni grúas ni poleas. Así pues, aprendemos que cada miembro de la cadena es fundamental para asegurarse de que el "pot" lleno llega a su destino. También trabajan en la obra un grupo de ingleses que vienen de un colegio en Wimbledon. A veces trabajamos con ellos y así somos más en la cadena. Mientras que llevamos "pots" de un lado para otro vemos a los indios trabajar, hay hombres y mujeres y a los dos se

les paga el mismo salario, lo cual es un caso aislado en la zona. También los niños que ya están escolarizados pasan a nuestro lado cuando van de un aula a otra o cuando hacen un descanso. Les gusta pararse a hablar con nosotros, preguntarnos nuestros nombres, decirnos los suyos y jugar a algún pequeño juego antes de irse corriendo a otra clase o a comer. En poco tiempo aprenden que de entre los blancos que hay allí unos vienen de España y otros de Inglaterra y ésta pasa a ser otra de las preguntas que nos formulan: "¿Spain or England?". Por fin nos paramos a la hora de comer. La comida resulta picante para nuestros paladares españoles, pero no se puede negar que se esfuerzan por hacerla más suave para nosotros y que hay cantidad suficiente para quedarnos satisfechos. Comemos en unos platos metálicos sentados en el suelo y espaldas contra la pared. ¿Quién necesita mesas y sillas? Después volvemos a subir al tractor, esta vez cargado con sacos de 50 kg de arroz, y realizamos el camino inverso para volver a casa, a Pannur. En Pannur nos esperan otros niños, los que al año siguiente irán al colegio de Manvi si sus padres dan su consentimiento. De momento estudian en el colegio de Pannur donde hay una profesora para los treinta niños, que comparte con ellos cada momento. Ella se llama Yhoti y muy pronto pasó a ser uno de los personajes claves de nuestra experiencia en la India. Dividimos a los niños por grupos para darles clases de inglés. En su país éste es un idioma fundamental para trabajar ya que se hablan muchísimos idiomas y dialectos y es imposible aprenderlos todos. Con juegos y canciones, y logrando unos más éxito que otros, logramos enseñarles las partes del cuerpo, los colores, los animales... Cuando mi compañera y yo les enseñamos las fotos de los animales a unos niños e intentamos hacerles repetir sus nombres en inglés ellos, divertidos, empiezan a mencionarlos en kannada (idioma de la región de Karnataka, en la que se desarrolla el proyecto). No podemos más que reírnos y finalmente encontramos la serenidad para convencerles de que los aprendan en inglés. ¡Es más difícil de lo que parecía! Tras el inglés llega la hora de la misa. Son unas misas muy especiales. Los niños, sentados en el suelo, ocupan el primer lugar junto al altar. A la izquierda se sientan ellos, a la derecha ellas. El padre da la misa en inglés, los niños y la profesora cantan y rezan en kannada y nosotros lo hacemos en español. Sólo unos pocos niños son cristianos pero

no les importa participar en los ritos de otras religiones. Los domingos se celebra una misa por la mañana a la que acude la gente del pueblo vestida con sus mejores ropas. Al final de la misa los niños corren a darnos las manos y desearnos las buenas noches: "good evening, anti" –si eres una chica– "good evening, brother" –si eres un chico–. Entonces solemos aprovechar para jugar un rato con ellos y mostrarles aquellos juegos que a nosotros nos enseñaron de pequeños. En poco tiempo empiezan a chapurrar canciones como "el coro de la patata", aprenden el juego del pañuelo o gritan "¡Macarena guapa!". Después cenamos y tenemos una reunión con todo el grupo en la que compartimos nuestras experiencias e intercambiamos opiniones. Hay días en los que unos están más cansados, otros están por alterados por alguna vivencia... Por fin nos vamos a dormir, normalmente antes de las doce, pero es que el día ha sido largo y bien aprovechado así que la mayoría nos quedamos dormidos rápidamente. También hay que sacar tiempo para la ducha del día ya que acabamos muy sucios por el polvo de la obra y el sudor de estar trabajando y jugando bajo el sol. La ducha es curiosa, tenemos la suerte de contar con agua corriente que sale de un grifo, un cubo y una jarrita para echarnos el agua encima. La primera vez un escalofrío te recorre el cuerpo, luego te acostumbras y la sensación que queda después de la ducha es estupenda. Hubo una semana en la que la luz se fue y en lugar de volver a la media hora como solía ocurrir tardó varios días. Teníamos que utilizar velas y linternas por las noches y llegó un momento en el que no hubo agua en el depósito porque la bomba no podía funcionar. Entonces había que bajar hasta el pozo con cubos para sacar agua y poder ducharse y

también para lavar la ropa en la pila. Otro de los momentos más entrañables del día era el baño de los niños. Cada tarde al terminar el colegio llenaban cubos de agua y procedían a lavarse a sí mismos y sus ropas. Los niños tienen dos vestidos, lavan el que han llevado durante el día y dejan que se seque hasta la mañana siguiente. Es divertidísimo verlos enjabonarse la cara y el cuerpo al tiempo que agitan sus vestidos dentro de un cubo. Los niños de este colegio son muy afortunados porque han aprendido en el colegio que es importante lavarse para estar sanos y prevenir enfermedades y además, hacen del momento del baño una auténtica fiesta. También pueden comer cada día, duermen con sus compañeros, aprenden en el colegio, juegan entre ellos y con nosotros y, en definitiva, tienen una infancia normal. Las imágenes más preciadas que guardo de la India son las miradas de las personas y, entre ellas, las de los niños ocupan un lugar privilegiado. La diferencia entre la mirada de los niños dalits que estudiaban en el colegio y los que no era evidente. Los primeros transmitían felicidad, se notaba que eran niños queridos. Los segundos transmitían anhelo de ser queridos y cuando los cogías en brazos y jugabas con ellos te dirigían una sonrisa de infinita alegría.

Algunas tardes salíamos a dar paseos por Pannur y otros pueblos de los alrededores. También en este caso las miradas jugaban un papel importante. Unos nos miraban con recelo y extrañeza y otros, con admiración, nos ofrecían sus manos para que se las cogiéramos. Una tarde llegamos a un pueblo unos cuantos del grupo y nos sentamos en una plaza en la que había una iglesia cristiana. Primero llegaron los niños y progresivamente se fueron acercando personas mayores que querían ver a los forasteros. De repente apareció un señor que debía de ser el alcalde o algún tipo de dirigente en aquel pueblo. Abrió la puerta de la iglesia y nos invitó a entrar. Era un lugar sencillo, construido en piedra y pintado de blanco. En el interior sólo había una cruz hecha con rotulador, que se diría que hubiera sido pintada por un niño pequeño ya que no guardaba las proporciones ni la simetría. En el techo colgaban guirnaldas y adornos que para nosotros pueden resultar navideños pero que a ellos les gusta emplear en la decoración de sus templos. Nos sentimos sobrecogidos ante ese gesto de complicidad y nos quedamos absortos preguntándonos qué podríamos hacer para mostrarles nuestro afecto. Así pues, sentados





en aquella pequeña iglesia rodeados por las gentes de ese pueblo, entonamos una canción que nos ha acompañado durante toda nuestra estancia en la India: "Nada nos separará".

El equipaje de vuelta

Así fue nuestro viaje: cada día una nueva sorpresa, una visita, un encuentro con algo inesperado. Ya desde el principio nos decían que la India era otro mundo, otra mentalidad, otra forma de ver las cosas. Pero siempre piensas que cada uno ve las cosas como quiere. Nosotros hemos tenido la suerte de formar parte durante un mes de un proyecto increíble que tiene la capacidad de transformar las injusticias de esa sociedad. La sensación que nos queda es la de algo que se está haciendo muy bien. Poco a poco, llegando a la gente e intentando cambiar sus costumbres y su forma de ver las cosas desde el convencimiento y no desde la imposición. Una obra gigante y muy compleja. Probablemente nos hemos quedado lejos de entender de verdad lo que pasa y cómo funciona una sociedad tan plural y a la vez tan rígida en sus normas. A pesar de haber trabajado con ellos, convivido, comido, jugado, nuestra imagen siempre ha sido parcial, siempre nos mostraban su mejor cara, por muy desgraciadas que fueran sus vidas. El día a día nos pareció quizá, menos duro de lo que en realidad fue. A lo mejor el ver que alrededor nuestro se conformaban con lo que se les había dado y además parecían estar contentos, nos impedía sentirnos cansados o desanimados.

Tal vez la conclusión más importante que podemos sacar de este viaje es la de que

queda mucho trabajo por hacer para llevar el progreso y las facilidades a los puntos más complicados del planeta. Pero lo más positivo es que hay esperanza porque hay gente como los jesuitas de la misión en Pannur u otras personas que pudimos conocer durante nuestra estancia en la India que están llevando a cabo una gran labor. Realmente somos muchos los que queremos que las cosas cambien. A lo largo de este mes vimos a mucha gente ilusionada y dispuesta a contribuir con su granito de arroz a construir un mundo nuevo. Por otra parte, hemos comprobado que nosotros, los ciudadanos del primer mundo, tenemos mucho que aprender de los más pobres. Nosotros también necesitamos ayuda, hemos perdido gran parte de nuestros valores. Vivimos tan preocupados en acumular y lograr más y más cosas materiales que perdemos la dirección hacia la que caminamos. La gente que hemos conocido en la India no tienen casi nada de lo que nosotros tenemos, de hecho, muchos no tienen ni ese mínimo que consideramos básico para vivir. Esto no les impide sonreír.

Resulta difícil resumir en unos cuantos párrafos lo que hemos visto y aprendido en aquel lugar perdido del planeta, pero de esta forma quizás levante la curiosidad del que lea estas palabras y decida por eso enrolarse en una experiencia similar. A todo aquél, mucho ánimo. Cuantos más seamos trabajando juntos, más ayudaremos y más personas seremos ayudadas porque en realidad es una suerte poder formar parte de proyectos de este tipo. Somos nosotros los que estaremos eternamente agradecidos a la India y a todas las personas que formaron y siguen formando parte de este proyecto. ■